

CONTINUIDAD, CAMBIO CULTURAL Y COMPLEJIZACIÓN ENTRE CAZADORES RECOLECTORES. REFLEXIONES A PARTIR DE LOS DATOS ARQUEOLÓGICOS DE LA REGIÓN DEL CALAFQUÉN, SUR DE CHILE

Christian García P.¹

Recibido: 14 marzo 2009

Aceptado: 21 julio 2009

RESUMEN

Tomando como caso de estudio la margen oriental del lago Calafquén, hacia los 39°30'S, en la IX Región de La Araucanía, se ilustra la introducción del concepto de "Tradición de los bosques templados" y como se ha aplicado a una larga secuencia cultural, lo que ha conducido a una situación donde se destaca la continuidad y no se discute el cambio cultural. Posteriormente, aplicando el concepto de complejización se propone una aproximación diferente para encarar el tema del cambio y la continuidad de las poblaciones humanas, particularmente cazadoras recolectoras del área sur de Chile.

Palabras clave: Cambio cultural, Tradición arqueológica, Complejización social, Cazadores recolectores, Sur de Chile.

CONTINUITY, CULTURAL CHANGE AND COMPLEXITY BETWEEN HUNTER GATHERERS. REFLECTIONS FROM ARCHAEOLOGICAL DATA OF CALAFQUÉN REGION, SOUTH OF CHILE

ABSTRACT

Taking as a case study the eastern shore of Lake Calafquén, to the 39°30'S, in the IX Region of La Araucanía, illustrates the introduction of the concept of "Tradition of temperate forests" and has been applied to a long cultural sequence, the has led to a situation which highlights the continuity and cultural change are not discussed. Then, applying the concept of complexity we propose a different approach to address the issue of change and continuity of human populations, particularly hunter-gatherer in the area south of Chile.

Key words: Cultural change, Archaeological tradition, Social complexity, Hunter gatherers, South of Chile.

I. INTRODUCCIÓN

A partir de los trabajos pioneros de Osvaldo Menghin y de otros investigadores posteriores (Aldunate 1989, Berdichewsky y Calvo 1972-73, Bullock 1955, Dillehay 1989a, Gordon 1978, Menghin 1962), se ha propuesto la existencia de sociedades alfareras y horticultoras desde hace unos 1.600 años A.P. en la zona sur de Chile, un extenso territorio comprendido entre los . Con anterioridad a este momento, habrían existido poblaciones de cazadores, recolectores y pescadores en la costa, el valle central y los sectores lacustres de la cordillera andina, los cuales habrían participado en la formación de las sociedades horticultoras posteriores del pueblo mapuche.

Particularmente, sobre la base de investigaciones en cementerios de la zona lacustre cordillerana, comenzaron a desarrollarse los estudios que buscaban caracterizar a las poblaciones alfareras (Berdichewsky y Calvo 1972-73, Reymond 1971). Con muy mala conservación de materiales orgánicos y un claro sesgo metodológico hacia la recolección y registro de vasijas cerámicas completas, cualquier reconstrucción de estos pueblos, no constituía más que tipologías de objetos. La posterior introducción de excavaciones

¹ Arqueólogo. e-mail: cuvieronius@gmail.com

controladas estratigráficamente y de fechados absolutos, permitió agrupar y diferenciar conjuntos de vasijas en el tiempo y el espacio para comenzar a clasificar una realidad difusa (Reyes *et al.* 2003-2004).

La clasificación se construyó con etapas, como el “Pitrenense” (Menghin 1962) y con períodos, como el “Agroalfarero” (Mostny 1971, Berdichewsky y Calvo 1972-73). Sin embargo, debido a que los elementos que constituyen una etapa y un período están dados por la sola observación de materiales cerámicos, con escasas contextualizaciones arqueológicas², se construyó una historia cultural carente de contenidos sociales, con la excepción de la distinción general entre “poblaciones alfareras” / “poblaciones pre – alfareras”. En consecuencia, el tema del cambio sociocultural entre estos compartimientos de escasos contenidos llevaba implícita una concepción que implicaba el “paso” de una etapa de desarrollo a otra, el cambio de un tipo de sociedad en otro, en fin, el abandono de viejas prácticas y la adopción de otras totalmente nuevas. Así por ejemplo, el planteamiento de las características del “paso” de sociedades apropiadoras a productoras de alimentos o precerámicas a cerámicas, fue supuesto más que observado en el registro arqueológico.

Posteriores investigaciones en sitios arqueológicos de cazadores recolectores con más de 12.000 años de antigüedad, lograron posicionar el tema de la larga vigencia de una etapa basada en la caza y la recolección (Dillehay 1984), lo cual originó una velada expectativa sobre una extensa continuidad cultural o la existencia de tradiciones, las cuales no implicaban grandes cambios en los modos de vida de estas poblaciones. La posterior introducción de un marco teórico procesual, que enfatizaba la relación entre las poblaciones humanas y el medio ambiente, promovió la adopción de términos como adaptación, relaciones ecosistémicas y la investigación de los sistemas de subsistencia y asentamiento (Dillehay 1990). Sin embargo, los estudios llevados a cabo bajo ese marco, no modificaron sustancialmente la concepción del cambio sociocultural, sino que otorgaron bases ecológicas para los planteamientos de la continuidad cultural a largo plazo, el equilibrio y la ausencia de conflictos. A partir de esta concepción de las poblaciones prehistóricas del sur de Chile, pero con la intención de profundizar la discusión sobre la continuidad y cambio cultural, hemos planteado hace poco tiempo la existencia de una “Tradición de los bosques templados”, la cual estaría conformada por poblaciones humanas adaptadas al bosque, las que habrían sobrevivido sin grandes transformaciones hasta los mapuche etnográficos (Adán *et al.* 2010). Dicho planteamiento no implica una situación de estasis o de ausencia de cambios, sino más bien la perduración de un modo de vida tradicional en un medio ambiente particular, los cuales han sufrido cambios a través del tiempo (Adán *et al.* 2010). Desde nuestra perspectiva, consideramos que el cambio es inherente a todas las sociedades humanas y que una forma de entender las transformaciones que se dieron entre poblaciones cazadoras recolectoras y poblaciones horticultoras portadoras de alfarería, debería buscarse en la comprensión de procesos a largo plazo a través de los datos arqueológicos. Para esto, consideramos adecuado la discusión sobre la complejización social, desde el punto de vista de la arqueología de cazadores recolectores.

Por complejización se entiende un proceso no lineal donde concurren diversos factores, que dan cuenta de los cambios ocurridos en tres dimensiones de las sociedades cazadoras recolectoras: una intensificación de la producción de alimentos, la diferenciación y especialización intra e intergrupales y la integración en sistemas de redes y alianzas (Price y Brown 1985). No existe un acuerdo absoluto entre los investigadores sobre cuáles son las causas de estos cambios ni sobre las relaciones entre ellas, pero se ha invocado principalmente a la presión demográfica, el estrés ambiental y factores sociales. Lo que es más claro son los resultados que estos cambios generan, en los sistemas de asentamiento, subsistencia y organización social de los grupos, los cuales son posibles de observar en el registro arqueológico. Con todo, la definición y examen de algunos indicadores de estas transformaciones podría ampliar el enfoque sobre el cual se realiza la interpretación de la historia de las sociedades cazadoras recolectoras y horticultoras.

Para desarrollar estas ideas y nuestra interpretación del tema, recurrimos a un caso de estudio que hemos llevado a cabo en la margen oriental del lago Calafquén, hacia los 39°30’S, en la IX Región de La Araucanía. A través de este caso, mostramos la introducción del concepto de “Tradición de los bosques templados” y

² Excepción a esta situación son los trabajos de Menghin y el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile en la cueva de Los Catalanes (Berdichewsky 1968, Menghin 1962).

como se ha aplicado a una larga secuencia cultural, conduciendo a una situación donde se destaca la continuidad y no se discute el cambio cultural. Posteriormente, utilizando el concepto de complejización damos cuenta de una aproximación diferente al tema del cambio y la continuidad de las poblaciones, particularmente cazadoras recolectoras de esta región y del territorio sur de Chile.

II. SOBRE CÓMO SE HA CONSTRUIDO LA PREHISTORIA DEL SUR DE CHILE

Desde fines del siglo XIX y hasta mediados del siglo recién pasado, la construcción de la prehistoria de buena parte del sur de Chile, el territorio comprendido entre 37° y 41° de latitud Sur, estuvo marcada por la investigación sobre el origen y características del pueblo mapuche (i.e., Cooper 1963, Guevara 1903, 1928; Latcham 1924, 1928a y b). En general, durante este tiempo, el trabajo arqueológico propiamente tal no existe y las publicaciones sobre prehistoria fueron escasas y principalmente trataban de la descripción de artefactos aislados hallados superficialmente por los habitantes de la zona (i.e., Bullock 1969).

Solo a partir de la década del '50 del siglo XX, comienzan los trabajos arqueológicos y un tratamiento más sistemático de la prehistoria de este territorio. Estos comienzos se vinculan a los pioneros trabajos del investigador austriaco Osvaldo Menghin, los de Dillman Bullock y del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile (Berdichewsky 1968, Bullock 1955, Menghin 1962). Estos trabajos revelaron la existencia de poblaciones portadoras de alfarería posiblemente anteriores a la cultura mapuche, la cual habitaba tanto sectores costeros, del valle central, como precordilleranos, manifestando en cada uno de estos lugares ciertas características específicas en la forma y decoración de las vasijas. Los trabajos llevados a cabo por estos investigadores, dieron cuenta de otra situación generalizable a gran parte de este territorio, tal como la mala conservación de materiales orgánicos y la supervivencia principalmente de ceramios y fragmentos de los mismos, así como algunos artefactos confeccionados sobre piedra y escasos restos óseos humanos y animales.

Consecuencia de estos hallazgos y constataciones, Menghin y otros investigadores posteriores (Berdichewsky y Calvo 1972-73, Gordon 1978, Reymond 1971, Van de Maele 1968), optaron por intentar realizar un orden cronológico y hacer algunas inferencias de la vida de estos pueblos a través de los descubrimientos realizados en cementerios, en donde existían mayores registros, si bien no de los individuos enterrados allí, sí de la alfarería depositada como ajuar funerario. En este sentido, la afirmación de Menghin en relación a que *“el elemento más importante e indicativo para el estudio de la cronología de una cultura es siempre la alfarería”* (Menghin 1962:4), marcara el trabajo de los investigadores contemporáneos y posteriores, los cuales se centraron en el estudio de piezas cerámicas y su distribución en el territorio. De esta manera, el trabajo enfocado en cementerios y alfarería condujeron a Menghin (1962) a definir el “Pitrenense”, en base a los trabajos realizados en el sitio arqueológico de Pitrén, como la expresión más antigua del “Paleoaraucano” representado en las provincias de Valdivia y Temuco, en un contexto lacustre precordillerano y en un área de valle asociada al curso medio del río Cautín.

Por otro lado, Menghin (1962) pudo reconocer algunos materiales que para él resultaban evidencia de poblaciones humanas aún más antiguas, sin conocimiento de la alfarería. Los materiales que pudo observar el investigador austriaco, principalmente artefactos confeccionados sobre piedra, habían sido recogidos por particulares y por ende, se contaba con escasa información contextual sobre ellos. Con todo, Menghin basándose en la tipología de estos artefactos y utilizando la nomenclatura de la prehistoria del Viejo Mundo, definió un período “Epipaleolítico”, constituido por tres tipos de complejos: uno de carácter “Epiprotolítico” de guijarros y lascas gruesas asociado al “Riogalleguense”; un segundo de carácter mixto “Epiprotolítico” y “Miolítico” que denominó “Chanchanense”, procedente de la costa de Queule y Chan Chan en la provincia de Valdivia, caracterizado por la presencia de puntas de proyectil foliáceas; finalmente, un complejo de carácter “Miolítico”, que denominó “Talcahuanense”, caracterizado por puntas de proyectil pedunculadas y una o dos barbas a cada lado, la que se encontrarían en la costa entre Valdivia y Concepción (Menghin 1962:47-48).

Toda esta construcción de Menghin, de un período anterior a la aparición de la alfarería en la zona sur, se mantuvo durante un tiempo como una propuesta sin muchas evidencias que había que seguir investigando. La excepción a esta situación, sin duda corresponde a los trabajos realizados por el Instituto de Antropología de

la Universidad de Concepción, en las bahías de Concepción y Arauco entre 1964 y 1974 (Seguel 2003). Sin embargo, en espacios del valle central y la cordillerana, la nula evidencia aportada por la arqueología para este período, en contraste con la abundante información de contextos arqueológicos con presencia de cerámica, llevaron a muchos arqueólogos a enfatizar la búsqueda y análisis de ocupaciones de grupos portadores de alfarería. De esta forma, Berdichewsky y Calvo (1972-73), retomaron los trabajos de Menghin, iniciando un conjunto de excavaciones en la sección superior de la cuenca del río Valdivia, específicamente en lo que denominaron la “región del Calafquén”. Sus resultados los llevaron a plantear la existencia de un área intensamente ocupada donde distinguen una fase “agroalfarera” más antigua representada en los sitios Challupén-2, Pucura-1 y Trairaico-1. Un segundo conjunto, más tardío, estaría representado en el cementerio de Licanray y contaría con características económicas y ergológicas similares a las de la fase anterior.

Durante los años '70, el arqueólogo norteamericano Tom Dillehay comienza a realizar investigaciones en el sur de Chile. Dichas investigaciones, le permitieron algunos años después realizar una periodificación de la prehistoria de la Araucanía, en la cual establece un primer período “Paleo – Indio, Hombre Temprano o Cazadores – Recolectores”, representado por escasas evidencias en algunos sitios arqueológicos superficiales ubicados en la costa cerca de Valdivia y por el entonces recién descubierto, sitio de Monte Verde. Un segundo período “Post Paleo – Indio o Arcaico”, desde alrededor de 4.000 a.C. a 500 d.C., para el cual “*se conoce tan poco... que es difícil asignarle un nombre*” (Dillehay 1981:60). Finalmente plantea un “Período Prehispánico Tardío” entre 500 y 1.500 d.C., caracterizado por abundantes evidencias de alfarería de distintos estilos y la probabilidad de prácticas hortícolas. Un aspecto importante de la participación de Dillehay en la arqueología de la zona es su propuesta de estudiar la prehistoria del sur de Chile incorporando temas como la adaptación ecológica, el estudio de la economía de subsistencia, los patrones de asentamiento y la tecnología (Dillehay 1990). Esta propuesta, puesta en práctica por el mismo Dillehay y más tarde por otros investigadores (Adán *et al.* 2004), impuso un avance importante en la arqueología, por cuanto suponía enfatizar aspectos contextuales y espaciales por sobre la construcción de tipologías.

Hasta este momento del siglo pasado, la prehistoria del sur de Chile contaba con una periodificación relativa, constituida principalmente por dos “tipos” culturales. Por un lado, grupos de cazadores recolectores de gran antigüedad (como la evidenciada en Monte Verde) y con una forma de vida de singulares características. Por otro, grupos portadores de cerámica ubicados temporalmente cerca de los inicios de nuestra era, de los cuales solo se conocían algunos detalles de sus prácticas funerarias y localidades de asentamiento preferidas. Si bien este cuadro era absolutamente incompleto, la mala preservación de restos orgánicos, el énfasis en la excavación de cementerios y la inexistencia de programas de investigación arqueológica no permitieron la elaboración más completa del mismo.

Un avance en la constitución de un cuadro histórico cultural de la prehistoria del sur de Chile, se concretó a fines de la década de 1970 y durante la siguiente de 1980, cuando investigadores argentinos incorporaron en su trabajo información arqueológica del sur de Chile (Hajduk 1986) y se obtuvieron las primeras dataciones para los sitios arqueológicos estudiados (Gordon 1978, Navarro 1979, Sánchez e Inostroza 1985, Valdés *et al.* 1982). Estos dos hechos permitieron identificar algunos elementos comunes entre poblaciones prehispánicas en territorios amplios y precisar las características y cronología de los conjuntos cerámicos, así como también de los patrones funerarios. Así, por ejemplo, Dillehay (1989a) publica una síntesis sobre los conjuntos cerámicos “Formativos” (sic) del centro-sur de Chile en el que considera las investigaciones de regiones cercanas y Aldunate (1989) lleva a cabo otra síntesis regional para lo que el denomina el “Estadio alfarero”, incorporando información de contextos arqueológicos trasandinos. Por otra parte, el estudio de cementerios permitió reconocer la existencia de diferenciaciones sociales tanto en tiempos prehispánicos como poshispánicos, a través de la presencia o ausencia de artefactos asociados a las tumbas (Dillehay 2007).

En estos avances, existen dos hechos de importancia para la comprensión de los desarrollos culturales en el sur de Chile. Por un lado, la incorporación de la prehistoria local en áreas más amplias, permitió sacar del aislamiento a la arqueología de la zona y, por otro lado, la identificación de elementos comunes entre las poblaciones alfareras del sur con aquellas de otras regiones, llevó a los investigadores a considerarlas como parte de un desarrollo histórico cultural más amplio, como es el Período Formativo, aunque con una expresión singular. Como lo expresaba Dillehay, “*las fases cerámicas poco definidas del centro-sur de Chile pueden ser*

consideradas como una expresión sui generis de la cultura formativa más austral del continente, en cuanto reflejan una serie de patrones culturales desarrollados en la parte norte de los bosques subantárticos de Sudamérica entre los siglos V y XIX” (Dillehay 1989a:101).

Una precisión antes de continuar. En arqueología, el término formativo designa un período, de acuerdo a la secuencia histórica cultural propuesta para la prehistoria americana por Willey y Philips (1958). Este período fue definido pensando en las áreas nucleares de Mesoamérica y Andinoamérica, y ha sido caracterizado fundamentalmente por el surgimiento de un patrón aldeano de asentamiento, por una economía de producción excedentaria principalmente agrícola y por la aparición de la alfarería, el surgimiento de centros ceremoniales, la presencia de especialistas, así como por una mayor complejidad de la organización social. Durante el Período Formativo se comenzarían a materializar procesos tanto sociales, como productivos y tecnológicos que se habrían gestado en el Período Arcaico anterior (definido por poblaciones cazadoras recolectoras móviles, de economías apropiadoras y carentes de alfarería, entre otros rasgos constitutivos).

Fuera de las áreas nucleares, los términos de sociedades, grupos o culturas formativas, identifican un conjunto de desarrollos culturales que, si bien no presentan las mismas características definidas para las áreas nucleares, constituyen entidades culturales que han superado el modo de vida exclusivamente “apropiador” de los cazadores y recolectores. En términos generales, la síntesis de estos desarrollos suele expresarse en el reconocimiento arqueológico de tres factores: la aldea, la agricultura y la cerámica. En consecuencia, los pueblos denominados como formativos, se caracterizarían en cualquier lugar por la presencia de esta tríada de factores.

En la arqueología del sur de Chile, el uso del concepto Formativo introdujo una suerte de ruido teórico entre algunos investigadores, sobre todo cuando se trató de observar la evolución de esta tríada en momentos anteriores a la aparición de la alfarería. Así, por ejemplo, en la investigación del sitio arqueológico alero Quillén 1, ubicado en las cercanías de la ciudad de Temuco, se planteó el comienzo de un proceso de sedentarización hacia los 2.000 años A.P., fundado en un cambio en las estrategias de caza indicado por la diversidad morfológica de las puntas de proyectil (Navarro y Pino 1984). En este sentido, se puede afirmar que algunos investigadores adoptaron no solo un concepto, sino toda una caracterización socioeconómica de las poblaciones denominadas formativas (i.e., Valdés *et al.* 1982).

Sin embargo, como bien lo estableció Dillehay, el Formativo en el sur de Chile, aparece más bien como un desarrollo *sui generis*, donde “*sin duda la cerámica constituye uno de los indicadores más sensibles del cambio cultural... Con todo, los cambios de la cerámica, sea que se deban a factores locales o foráneos, no tienen necesariamente correlación con otros cambios culturales ni con la totalidad de ellos. Aunque generalmente se acepta la presencia de la cerámica en el registro arqueológico como un índice del desarrollo de una vida sedentaria asociada con algún tipo de agricultura, todavía la arqueología no ha descubierto vestigios de aldeas prehispánicas tardías en la región*” (Dillehay 1990:55-6).

En una síntesis a escala regional de las características del Formativo en el sur de Chile, Aldunate (1989) plantea que el “Complejo Pitrén” da cuenta de una gran importancia de la recolección vegetal, la caza de fauna menor y la pesca, escaso impacto de prácticas hortícolas de pequeña escala, un patrón de asentamiento disperso en torno a las riberas de los ríos y lagos, movilidad estacional y organización social basada en grupos familiares reducidos. Dichas características, con algunas variaciones, estarían presentes entre las primeras poblaciones portadoras de alfarería y también entre los desarrollos culturales posteriores³, lo cual daría cuenta finalmente, de un modo de vida fuertemente tradicional.

El tema del Formativo en los estudios regionales, trajo consigo una nueva interrogante referida a cómo se vinculaban estas poblaciones con aquellas anteriores a la aparición de la alfarería en los contextos arqueológicos y, en estrecha relación con ella, cuál es el origen de este modo de vida. Hacia fines de los años

³ Los desarrollos culturales posteriores, también son identificados por conjuntos cerámicos y son englobados en el concepto de “Complejo El Vergel” (Aldunate 1989:339).

'80 no existía ninguna pista concreta que apuntara hacia la resolución de estos temas, sino solo algunas presunciones basadas en escasos y fragmentarios trozos de evidencia. Como lo planteaba Dillehay, el formativo en el sur de Chile "... *sin duda tuvo sus raíces en sucesos y circunstancias que se dieron hace cuando menos varios siglos, cuyo florecimiento ha continuado hasta la época moderna*" (Dillehay 1989a:101).

Sin embargo, esta situación comienza a cambiar con el descubrimiento e investigación de algunos sitios con evidencias previas a la aparición de la alfarería, donde sin duda el más importante fue Monte Verde II, ubicado cerca de la actual ciudad de Puerto Montt. Dicho sitio, presenta singulares vestigios de ocupaciones de cazadores y recolectores de hace unos 12.500 años A.P., lo que lo constituye en uno de los sitios arqueológicos con evidencias humanas más tempranas de toda América (Dillehay 1989b, 1997). La singularidad de los restos arqueológicos, son un producto de la extraordinaria preservación del material orgánico en el lugar, debido a la formación de un ambiente anaeróbico. Dichos restos apuntan principalmente a la utilización de la madera en la construcción de viviendas y múltiples artefactos, así como a un énfasis en la recolección de productos vegetales, en aparente desmedro de la tecnología lítica y la caza de animales.

La espectacularidad de estos hallazgos y el hecho de representar un caso único en la arqueología americana, sirvieron de base en ocasiones, para hipótesis novedosas y sugerentes. Por ejemplo, restos de maderos sin labrar, considerados como los marcos de cabañas contiguas rectangulares, junto a la presencia de restos de plantas de todas las estaciones, sirvieron para proponer una forma de vida aldeana y sedentaria, así como una especialización en el trabajo de la madera (Dillehay 1984). La extrapolación hacia otras regiones del uso especializado de la madera por sobre la piedra sirvió, por ejemplo, para proponer la existencia de una "cultura de la madera" en la zona de Chiloé y el archipiélago de las Guaitecas (Rivas *et al.* 1999), la cual sostendría el surgimiento de las embarcaciones y de las poblaciones adaptadas a la vida marítima.

El enfoque ecológico y los hallazgos de Dillehay en Monte Verde, permitieron reconocer el importante rol de los bosques del sur de Chile en las estrategias adaptativas de las poblaciones humanas en el Pleistoceno final, y al mismo tiempo, ofrecieron un modelo ideal del modo de vida cazador recolector en la región, lo cual trajo consigo algunos efectos no esperados. En primer lugar, en los escasos sitios arqueológicos donde se registra la presencia de cazadores recolectores precerámicos, se ha tendido a interpretar sus hallazgos en función de lo planteado para Monte Verde en cuanto al uso de la madera y los vegetales, aún cuando no se tengan evidencias concretas para apoyar dichos planteamientos (por ejemplo, Valdés *et al.* 1982; Navarro y Pino 1984). En segundo lugar, debido a que las evidencias arqueológicas de cualquier rango temporal son analizadas e interpretadas a la luz de este modelo, se ha tendido a ver a estas poblaciones como fundamentalmente conservadoras en su estilo de vida. Y en tercer lugar, con el tiempo este modelo se ha utilizado para analizar e interpretar no solo el registro arqueológico de grupos cazadores recolectores, sino que también, de poblaciones portadoras de alfarería, las cuales por el hecho de contar con esta manufactura se conciben como sociedades formativas.

Cuando sintetizamos la información precedente, podemos advertir tres hechos de importancia para la construcción de la prehistoria del sur de Chile. En primer lugar, entre principios del siglo XX y hasta los años '70, se construye una historia cultural fundada en un enfoque que denominamos de etapas de desarrollo, relacionado a una epistemología transformacionista, donde los fenómenos de cada etapa son homogéneos (escasa variabilidad) y pasan a otra etapa o a otro estadio en una secuencia unilineal rígida a través de su transformación completa. Dicha historia da cuenta de dos estadios de desarrollo evolutivo: un estadio precerámico y otro de poblaciones alfareras. En este enfoque, el cambio es interpretado generalmente como resultado de una difusión de rasgos culturales desde las áreas nucleares del norte hacia las marginales del sur (i.e., Menghin 1962), minimizando la variabilidad de los conjuntos arqueológicos. Luego, a partir de los años '70 en adelante, la historia cultural comienza a ser construida bajo un enfoque que podemos denominar adaptacionista, el cual se relaciona al variacionismo y el seleccionismo, donde lo que importa es cómo cada cultura se articula internamente y con su medio ambiente. Este enfoque, ligado a las ideas de la arqueología procesual, si bien permiten abordar el estudio del cambio cultural, enfatizan la adaptación, el equilibrio y el ajuste de los grupos humanos a su medio ambiente, con lo cual es difícil plantearse problemas de cambios históricos y culturales. Bajo este enfoque, con el modelo paradigmático de Monte Verde (Dillehay 1989b,

1997), es cómo se ha interpretado en los últimos años la historia cultural del sur de Chile, donde se destaca un modo de vida tradicional de larga data, aún cuando reconoce la variabilidad local de los fenómenos arqueológicos.

En segundo término, en ambos enfoques el proceso de cambio no ha sido abordado. Tan solo se ha destacado la presencia de poblaciones con y sin cerámica (enfoque de etapas de desarrollo) y, la conformación de un modo de vida tradicional debido a la exitosa adaptación de los grupos humanos a estos territorios, con evidencias en las poblaciones alfareras formativas y probables antecedentes entre los cazadores recolectores tempranos (enfoque adaptacionista). Esta situación ha conducido a la perpetuación implícita de un modelo donde existe un cambio súbito marcado por la presencia de alfarería.

En tercer lugar, la escasez de datos arqueológicos contextuales, así como la supuesta permanencia en el tiempo de un modo de vida ligado a los bosques, ha llevado a considerar la existencia de poblaciones sin mayores cambios con la excepción notable de la alfarería y la aparición de cementerios. En consecuencia, el tema del cambio ha sido velado tras una cortina de continuidad cultural en el espacio y el tiempo, solo cortada por la aparición de la alfarería y el registro de cementerios en el registro arqueológico.

Una situación análoga se ha dado en la denominada región del Calafquén. En este lugar, las investigaciones de Menghin (1962), Berdichewsky y Calvo (1972-73), establecieron primeramente la existencia de poblaciones portadoras de la alfarería denominada Pitrén por el sitio tipo. A continuación, algunos investigadores hicieron eco de las propuestas ecológicas de Dillehay (1990) y de Aldunate (1989), llevando a cabo programas de investigación a nivel de localidad destinados a una comprensión más cabal de las poblaciones alfareras tempranas. Los resultados de estas investigaciones permitieron la precisión cronológica de estas manifestaciones culturales, una nueva clasificación de la tipología cerámica, la caracterización de patrones de asentamiento, subsistencia y funebria, así como también la inclusión en el cuadro de nuevos sitios arqueológicos de cazadores y recolectores (Adán 1997, Adán y Mera 1997, Adán *et al.* 2004a, Mera y García 2004). Estos últimos, permitieron documentar la ocupación en torno al lago Calafquén por parte de cazadores recolectores desde aproximadamente los 10.000 años A.P., así como aportar algunos nuevos datos sobre las características de las poblaciones prehistóricas con anterioridad a la aparición de la cerámica.

Debido a que los materiales arqueológicos entregados por estos sitios de cazadores y recolectores eran similares a los de poblaciones más tardías portadoras de alfarería (con la excepción claro esta, de la presencia de cerámica), la idea de una forma de vida tradicional de larga data se vio reforzada. Consecuencia de estos hallazgos en la región del Calafquén y en otros sitios arqueológicos de la zona (i.e., Gaete *et al.* 2004, Navarro y Pino 1999, Quiroz 2001), fue el desarrollo de una nueva conceptualización arqueológica para el sur de Chile, de la que damos cuenta a continuación.

III. LA TRADICIÓN ARQUEOLÓGICA DE LOS BOSQUES TEMPLADOS

A comienzos de este siglo se ha planteado la existencia de una “tradición arqueológica de los bosques templados” específicamente para el lago Calafquén y para otros lagos cercanos (como el lago Ranco), la cual “*expresa una adaptación característica de las poblaciones humanas a estos ambientes boscosos configurando un modo de vida marcadamente tradicional y altamente especializado*” (Adán *et al.* 2004b, 2010). Dicha tradición, se expresa en los restos materiales, principalmente cerámicos, registrados en sitios de habitación y cementerios de poblaciones adscritas al complejo Pitrén, las cuales habitaron la zona hace unos 1.600 años A.P. (Reyes *et al.* 2003-4). Un aspecto importante de considerar al analizar la construcción de esta tradición arqueológica, es el reporte de la presencia de ceramios que distinguen al complejo Pitrén en momentos posteriores a 800 años A.P. (Adán y Mera 2004). Considerando una cronología base para Pitrén de *ca.* 1.700 años A.P. en la zona lacustre precordillerana, los fechados tardíos sustentaron la continuidad del complejo Pitrén y su modo de vida por casi nueve siglos. Al mismo tiempo, esta forma tradicional de vida podría tener profundas raíces temporales en las tempranas ocupaciones de cazadores recolectores registradas en aleros rocosos entre los 10.000 y los 2.000 años A.P. (Adán *et al.* 2004a, García 2005).

→Por otro lado, la “tradición de los bosques templados” no cuenta, hasta ahora, con datos empíricos relacionados al énfasis en la recolección de productos vegetales, así como tampoco sobre el uso de la madera, tema en el que ha insistido mucho (Adán *et al.* 2004). Probablemente se puede alegar contra este hecho, el problema de la conservación de los materiales orgánicos presente en estos territorios lluviosos. Sin embargo, tal situación no puede salvar la construcción de un concepto vacío, de lo contrario, sería un concepto basado sobre evidencias negativas o, dicho de otra forma, sobre evidencias que no existen en los sitios arqueológicos, pero se presume que existieron y no se conservaron. En este sentido, la tradición estaría más bien representada por pueblos que viven en una región caracterizada por una amplia cobertura arbórea y no por un modo singular de vida basada en los bosques. En consecuencia, consideramos más útil buscar cuales son los elementos presentes en los sitios arqueológicos que puedan aportar contenidos a este concepto de tradición. Por ejemplo, las poblaciones portadoras de alfarería han sido bien caracterizadas en relación a sus tipos y localización de los asentamientos, tipología cerámica doméstica y funeraria, dieta y tecnología lítica (Reyes *et al.* 2003-4). Mientras que las ocupaciones de cazadores recolectores han sido caracterizadas por una tecnología lítica altamente expeditiva y oportunista (Jackson y García 2005), una industria ósea también expeditiva (García 2005a), continuo uso de los espacios lacustres de forma probablemente estacional (Mera y García 2004), alta movilidad (García 2005b) y una subsistencia basada en la caza de mamíferos pequeños, aves acuáticas y moluscos dulceacuícolas (Velásquez y Adán 2002).

Ahora bien, esta tradición específica, al igual como lo hemos visto para el caso de la construcción general de la prehistoria del centro sur de Chile, se plantea para dos tipos de poblaciones diferenciadas: cazadoras recolectoras presentes desde hace 10.000 años A.P., las cuales habrían establecido las bases de los desarrollos culturales posteriores y aquellas portadoras de alfarería del complejo Pitrén, adscritas a un Período Formativo, con presencia en la zona hasta hace unos 500 años atrás. Si bien entre ambas poblaciones existe un cambio expresado en la adopción y/o invención de la alfarería y en una práctica menor de horticultura, existiría una continuidad en una forma de vida tradicional. En consecuencia, existe el cambio, pero también la continuidad, con lo cual este concepto de “tradición de los bosques templados”, podría parecer algo contradictorio. Sin embargo, como plantearémos ahora, no existiría esta contradicción y aún más, sería posible otorgar mayores contenidos a este concepto de tradición explorando algunos elementos de cambio.

IV. DE VUELTA A LOS CONCEPTOS: QUÉ ES UNA TRADICIÓN

Todos los grupos humanos poseen la capacidad de establecer “puentes” entre sus condiciones de vida actuales y aquellas de tiempos remotos. No se trata de un simple ejercicio de la memoria, sino que de una acción que rescata elementos del pasado y los dota de una significación especial. En ese sentido los hace importantes para las condiciones de vida del presente, ya sea que se trate de un mito o de una herramienta. Estos elementos del pasado forman y sustentan las condiciones del presente. Este vínculo entre una sociedad y su historia pasada, es comúnmente referido como tradición.

En un sentido restringido, el concepto de tradición dice relación con “*las colecciones de objetos e ideas dotadas por la gente de un significado especial debido a sus orígenes en el pasado*” (Sztompka 1995:86). En arqueología el concepto de tradición se utiliza en dos sentidos. Por un lado, hace referencia a formas de subsistencia de persistencia temporal en un espacio geográfico, denominadas “tradiciones adaptativas” (0). Por otra parte, tradición denota una continuidad temporal de configuraciones de tecnologías singulares (Willey y Phillips 1958), o dicho de otra forma, el registro de determinados elementos de la cultura material durante largos períodos de tiempo en determinados territorios. Así, por ejemplo, se habla de una tradición de puntas de proyectil del tipo cola de pescado, o de una tradición de cántaros decorados. Es a este segundo sentido, al que haremos especial referencia en nuestra disusión.

Siguiendo a Sztompka (1995), la tradición permite la continuidad de los procesos sociales, al aportar un marco general de actuación y pensamiento. Esta cualidad de la tradición obedecería a dos mecanismos causales, uno material o físico, y otro ideal o psicológico. El primero, se relaciona con la herencia material y con la duración de los objetos muebles o inmuebles. El segundo, en cambio, tiene relación con la memoria y la comunicación, permitiendo el traspaso de creencias, valores, símbolos, normas y conocimientos. Ambos

mecanismos, son en consecuencia, los responsables del establecimiento de tradiciones, de la posibilidad de que el pasado exista en el presente.

En las investigaciones de sociedades prehistóricas, el planteamiento de la existencia de tradiciones obedece, como ya hemos indicado más arriba, a la constatación de la presencia persistente en el tiempo de determinados ítems de la cultura material. De esta forma, son los mecanismos materiales de la tradición aquellos que con mayor facilidad puede observar la arqueología. Una situación diferente ocurre con los mecanismos ideales. Estos no son posibles de observar directamente en el presente arqueológico, sino que ellos solo pueden ser estimados de formas indirectas a través de la interpretación de los arqueólogos. Así por ejemplo, la constatación de la presencia persistente en el tiempo de un tipo de herramienta particular, digamos manos y morteros para la molienda, no solo estaría indicando una tradición material, sino que también un traspaso de conocimientos tecnológicos, de formas de hacer determinadas tareas, en fin de modos de vida particulares.

Para el caso de la “tradición de los bosques templados” se ha observado un cierto conservadurismo en los elementos que componen la cultura material, es decir de una continuidad de los mecanismos materiales de la tradición, los cuales podrían indicarnos de manera indirecta la presencia de mecanismos ideales de tradicionalidad. Sin embargo, estos elementos materiales son siempre escasos en los contextos de la Región del Calafquén (baja frecuencia y diversidad), y más aún, cuando se trata de la cultura material de sitios de cazadores y recolectores tempranos. Esta situación ha conducido a un callejón sin salida, donde la tradición esta representada por pocos elementos materiales (por cierto comunes en contextos arqueológicos de otras áreas geográficas del país) y donde se admite una continuidad entre poblaciones cazadoras recolectores y aquellas formativas portadoras de alfarería, sin ninguna explicación del posible cambio que habría significado su introducción en la vida de las poblaciones que habitaron esta región. Al parecer esta tradición implicaría una situación de estasis, donde no existe ningún cambio. Sin embargo, los abundantes datos actuales para las poblaciones alfareras si indican cambios con respecto a las poblaciones precedentes, los cuales se expresan en distintos patrones de asentamiento, existencia de cementerios y la introducción de horticultura a pequeña escala. En consecuencia, es válido plantearse: ¿es posible establecer la continuidad a largo plazo con la presencia de cambios, aparentemente significativos, entre las poblaciones de esta región?

V. LA CONTINUIDAD NUNCA ES ABSOLUTA

Un aspecto que nos interesa destacar aquí es la naturaleza procesal de la vida humana (Stompka 1995). Todas las sociedades, tanto modernas como aquellas que existieron en la prehistoria están sujetas a un cambio constante en sus condiciones internas como en aquellas externas. Probablemente, las sociedades modernas insertas en sistemas abiertos multinacionales estén sufriendo constantes y repentinos cambios con más fuerza que nunca en la historia de la humanidad. Sin embargo, las poblaciones de la prehistoria del centro sur de Chile también estuvieron inmersas en el cambio, aunque con toda seguridad, de una magnitud diferente.

El cambio en una sociedad se produce por distintas razones y en distintos niveles. Existen cambios generales de la estructura socioeconómica o ideológica de una sociedad; pero también existen cambios a niveles menores, como aquellos que ocurren en las conductas individuales y en las relaciones interpersonales. De esta forma, es posible afirmar como ya lo hacia Heráclito hace más de 2.000 años, que el mundo y las sociedades están siempre inmersas en el cambio. *“Si esto es así, entonces hay un movimiento constante desde el pasado hacia el futuro. Su presente es simplemente una fase transitoria entre lo que ha acontecido y lo que viene. En el estado presente de la sociedad, hay tanto resultados, vestigios, rastros del pasado, como semillas, potencialidades del futuro. La naturaleza procesal de la sociedad implica que las fases anteriores están causalmente conectadas con la fase presente, y la fase presente contiene las condiciones causalmente determinantes de la siguiente fase”* (Stompka 1995:81).

Como hemos visto antes, la conexión entre el pasado y el presente es obra de la tradición, es decir de aspectos materiales e inmateriales que sobreviven en el tiempo porque son dotados por una comunidad de un sentido especial. Sin embargo, hasta los hechos que son conservados a través de la tradición están sujetos al cambio, por cuanto puede cambiar el sentido que tienen para una sociedad, llegando incluso a quedar olvidados en el

tiempo. Si es esto es así, entonces ¿es posible la supervivencia de un modo de vida particular durante más de 10.000 años? ¿Existe una tradición tan poderosa como para asentarse en las mentes y las prácticas humanas durante tanto tiempo, a pesar de la naturaleza procesal de la sociedad?

Desde nuestro punto de vista, no creemos en la posibilidad de que una forma de vida particular en una zona geográfica determinada permanezca sin mayores cambios durante un período de tiempo tan largo, como se ha propuesto para la “tradición arqueológica de los bosques templados”. De lo que si estamos seguros, es que existió durante mucho tiempo una forma de vida basada en una subsistencia que operaba a través de la apropiación de los recursos naturales, es decir de la existencia de una “tradición adaptativa”. Pero sin duda, otros aspectos de las sociedades que habitaron el sur de Chile, digamos organización social y política o la ideología, debieron haber experimentado cambios a través del tiempo.

A lo que queremos llegar es que, si bien la existencia de formas tradicionales de hacer las cosas, es la forma en que conectamos nuestro presente con el pasado, el primero siempre se encuentra cambiando y por ende, nos encontramos con la continuidad en el cambio o con cambios a través de la continuidad. En palabras de Stompka “*la continuidad nunca es, tampoco, absoluta, la herencia es remodelada, distorsionada, modificada o enriquecida, y cada momento posterior en la vida de una sociedad es diferente de cualquier momento anterior*” (Stompka 1995:84).

Ahora bien, podemos preguntarnos si hace 10.000, 5.000 o hace 2.000 años atrás los cambios constantes de las sociedades humanas operaban tal como los observamos ahora. La respuesta más probable es que sí, aunque por supuesto, en una escala diferente, por cuanto existen una serie de factores que pudieron estar dando constantemente y que pudieron llevar a recurrentes cambios (por ejemplo los cambios paleoambientales y el volcanismo documentado en la zona. Véase por ejemplo Lara *et al.* 2001, Solari 2007, Villagrán y Villa 1992). Pensemos, por ejemplo, en el conocimiento de un territorio. Cuando los más tempranos pobladores del sur de Chile hicieron su ingreso en la zona, su conocimiento de la misma era diferente al que poseían 1.000 o 2.000 años después. Esta sola situación puede llevar consigo muchos cambios en la organización de estas poblaciones. En consecuencia, planteamos que es necesario revelar los factores que debieron haber impulsado los cambios a corto y largo plazo entre las sociedades que habitaron el área sur y específicamente la región del Calafquén, para poder documentar que aspectos componen esta tradición.

Como una forma de ejercitar este procedimiento de relevamiento, queremos dar cuenta de una situación que nos ha parecido clave entre todos estos problemas de tradición, continuidad y cambio, cual es el paso desde sociedades cazadoras recolectoras a aquellas portadoras de alfarería. Creemos que se trata de un proceso y en ningún caso de un cambio desde una etapa de desarrollo a otra. Dicho proceso de cambio, nosotros proponemos, es posible de investigar a través de la discusión de la complejidad de estas poblaciones.

VI. LA COMPLEJIZACIÓN ENTRE LAS SOCIEDADES CAZADORAS Y RECOLECTORAS

La historia de la investigación de las sociedades cazadoras recolectoras muestra la recurrente visión de ellas como bandas o en el mejor de los casos tribus (agregados de bandas) (Service 1965). En este sentido la tecnología de caza y recolección se ha correlacionado a nivel social con estructuras simples, grupos con una estrategia de alta movilidad, baja demografía y prácticamente nula diferenciación social. En la actualidad, se tiende a superar esta generalización a través de la discusión de la variabilidad que presentan las sociedades cazadoras recolectoras, con la investigación del cambio cultural y del proceso de complejización (Arnold 1992, Aldenderfer 1993, Hayden 1981, Price y Brown 1985, Schurr y Shoening 1995).

En términos generales, la complejización se refiere a que algo esta compuesto de muchas partes interrelacionadas. Este concepto ha sido aplicado para las sociedades humanas y particularmente para las sociedades cazadoras recolectoras que no se adaptan a la “concepción clásica” de estas sociedades (Lee y DeVore 1968). Por ejemplo, Service (1978) noto que la mayor complejidad implica más partes, mayor diferenciación o especialización de esas partes y la firme integración de esas partes en un todo. Por su parte, Flannery (1972) considero la complejidad cultural en términos de segregación y centralización, es decir, la cantidad de diferenciación interna y especialización en una sociedad y el grado de conectividad entre sus

componentes. Finalmente, McGuire (1983) dividió la complejidad en heterogeneidad y desigualdad, con especial énfasis en el número de posiciones sociales dentro de una sociedad y las relaciones entre ellas. Todas estas teorías subrayaron la importancia de los procesos de diferenciación, especialización e integración que resultan del incremento de la complejidad.

Ahora bien, debemos considerar que la complejización como muchos otros conceptos arqueológicos, ha sido elaborado para ser aplicado principalmente en las llamadas áreas nucleares de la América precolombina. Sin embargo, se han venido realizando algunos intentos de aplicar este concepto en otras regiones, alejadas de las zonas nucleares, tanto a nivel espacial como a nivel de desarrollos culturales (por ejemplo, Pintos y Capdepon 2001).

Por otra parte, como se ha señalado antes, la complejización es un proceso en el que existen al menos tres aspectos que es posible pesquisar arqueológicamente, como son la intensificación de la producción, la especialización y la integración intra e intersocial. Veremos estos aspectos de acuerdo a los datos arqueológicos disponibles específicamente en la región del Calafquén y en forma general, aquellos procedentes de la zona sur de Chile.

En primer lugar, en el marco de modelos ecológicos, la intensificación está referida específicamente al aumento de la productividad económica (Broughton 1994, Janetsky 1997). Las causas de este aumento en la productividad han sido adjudicadas a factores externos tales como cambios medioambientales (Binford 1972) y/o al crecimiento de la población (Cohen 1977). Los cambios en la productividad se reflejarían en la tecnología, las actividades productivas y la especialización ocupacional (Price y Brown 1985). Los cambios en la tecnología pueden ser observados en el incremento del número de implementos y medios en uso. Nuevas herramientas pueden exhibir una especificidad para ciertas tareas productivas (Torrence 1983), como por ejemplo, los implementos de pesca, así como una variedad de contenedores y equipo de molienda que a menudo acompaña a la intensificación de las actividades de forrajeo.

Particularmente, la intensificación de la producción puede notarse en la aparición de instrumentos de molienda en momentos en que ya se cuenta con alfarería, hace unos 2.000 años atrás. Igualmente, puede plantearse que las vasijas y contenedores cerámicos también están apoyando una intensificación productiva para hacer más eficiente el almacenamiento y la preparación de diferentes productos. Si bien, estos datos proceden exactamente de los momentos más tardíos de la caza y la recolección y de los más tempranos de la alfarería, los cambios en el sistema productivo debieron haber comenzado a realizarse mucho antes. En este sentido, sería deseable no ver dos situaciones contrapuestas entre la caza y la recolección y la producción de alimentos. Como lo han demostrado observaciones etnoarqueológicas en la Amazonía colombiana (Politis 1996), existe un continuo en las formas de explotación del ambiente que van desde la apropiación a la producción, con formas mixtas intermedias. Estas observaciones han definido una forma de manipulación de los recursos del bosque tropical a través de la selección y concentración de ciertas especies en distintos puntos del paisaje, modificando culturalmente la distribución de los recursos con el objetivo de obtener beneficios de ellos. Es posible, en consecuencia que antes de la adopción de prácticas productivas como la horticultura se pasara por una etapa de manipulación conciente de los recursos vegetales. Sin embargo, con los datos arqueológicos actuales para el Calafquén y el sur de Chile esta situación se nos escapa, aún cuando no deja de ser una hipótesis interesante de explorar, considerando la similar cobertura boscosa y gran cantidad de precipitaciones.

Con todo, es posible pensar que las prácticas de recolección vegetal impulsaron rápidamente una intensificación de estas prácticas, debido al alto coste de las mismas y su bajo retorno nutricional. Esta situación podría verse reflejada en la aparición de instrumentos de molienda en tempranos momentos de caza y recolección. Por ejemplo, Dillehay plantea la existencia de implementos de molienda en Monte Verde hace 12.500 años atrás (Dillehay 1984). En momentos posteriores, hace entre 5.000 y 4.000 años atrás, se registra la presencia de artefactos de molienda en sectores costeros de Talcahuano (Bustos y Vergara 1998) y Valdivia (Navarro y Pino 1999). En consecuencia, es probable que la adopción de la alfarería por las poblaciones cazadoras recolectoras de la zona, se vincule con la mejora de los medios de almacenamiento y consumo que necesita la intensificación de las prácticas de recolección y de caza, puestas en funcionamiento por distintas

causas y en diferentes momentos. Sin embargo, estos planteamientos deben ser evaluados con mayores datos y fechados absolutos que permitan precisar los momentos y lugares de esta intensificación.

La intensificación entre los cazadores recolectores del sur de Chile, puede también observarse en la explotación de la costa. La presencia humana en este sector se remonta al menos hace unos 6.000 años A.P., y ella es la que muestra la mayor cantidad de ocupaciones arqueológicamente registradas entre Talcahuano y la isla Grande de Chiloé. Estos registros muestran el empleo de herramientas especializadas como anzuelos y pesas de red, así como puntas de proyectiles y de arpones para la caza de mamíferos marinos. Es probable que las embarcaciones estuvieran ya disponibles para la navegación cerca de las costas, hace unos 5.000 años atrás, momento en que se alcanza la isla de Chiloé y las Guaitecas (Rivas *et al.* 1999) y un poco más tarde, hace unos 3.500 años, la isla Mocha (Quiroz 2001) y Quiriquina (Seguel 1970).

Consideramos que la explotación de los recursos del mar no permite dar cuenta de una especialización de estas poblaciones, por cuanto estas prácticas son acompañadas tanto por la recolección y la caza en territorios al interior, como lo demostraría la presencia conjunta de instrumentos de pesca, marisqueo, caza y molienda en sitios arqueológicos de la costa de Valdivia y Talcahuano hace unos 5.000 años atrás. En este sentido, volvemos a insistir en la necesidad de ampliar el foco de investigación, salir de la localidad y observar el comportamiento regional de grupos móviles. Esta ampliación podría dar cuenta de la intensificación del uso del espacio, así como de la integración constante y probablemente, estacional, de distintas prácticas económicas, las cuales pudieron haber apoyado la intensificación productiva de estos grupos humanos.

En relación a la introducción de las prácticas hortícolas y la escala de las mismas, la arqueología regional no ha encontrado muchas respuestas. Utilizando la analogía etnográfica, se ha planteado el uso del sistema de tala y roce para abrir claros en los bosques y poder emprender el cultivo en pequeñas huertas para la subsistencia familiar o de pequeñas comunidades (Dillehay 1990). Sin embargo, la presencia de cultígenos en el área sur de Chile, comienza prácticamente con la llegada de los españoles a la zona, por lo cual no tenemos pruebas de la antigüedad de estas prácticas. Ellas representarían la cima de la intensificación productiva en la zona, y se hace necesario investigar su actual ausencia con nuevas perspectivas y metodologías como las que se llevan a cabo en otros sectores del centro sur de Chile (Sánchez *et al.* 2004).

Por otra parte, las sociedades cazadoras recolectoras desde fechas muy tempranas, debieron comenzar a emprender procesos de especialización y diferenciación, tanto interna como entre agrupaciones sociales. La complejización puede implicar un aumento en el número de posiciones sociales dentro de una sociedad, las cuales cumplen funciones más especializadas, como resultado de una profundización de la división del trabajo y la segregación de la toma de decisiones en tareas específicas. En este sentido, la especialización también tiene que ver con la intensificación de la producción y la mayor presión ejercida sobre los recursos (amplitud de la dieta), ya que se hace necesario que los grupos sociales cuenten con especialistas en la confección de herramientas específicas (de caza de mamíferos marinos, de anzuelos para la pesca, de trampas para la caza de mamíferos pequeños en sectores interiores).

Pero también la especialización puede observarse en el manejo cultural del espacio, es decir a través de la diversificación de recursos explotados y su integración en sistemas de productividad de ciclos estacionales anuales. En la actualidad, los estudios arqueológicos avanzan hacia el reconocimiento de indicadores de ocupaciones estacionales en la costa, el valle y las zonas cordilleranas, aún cuando esta es una tarea no terminada. Por ejemplo, es probable que territorios andinos, como la región del Calafquén, solo fueran ocupados en las estaciones menos lluviosas y frías (características de suma importancia a la hora de elegir visitar la zona, aún en la actualidad). Al respecto, los registros arqueofaunísticos del alero Marifilo 1, en la ribera oriental del lago Calafquén, muestran desde los 8.000 años A.P. la presencia de restos de aves migratorias de hábitos acuáticos, tales como patos y gansos (Velásquez y Adán 2002), solo presentes en la zona durante la temporada estival, lo cual podría sustentar los planteamientos de complementariedad estacional de los recursos y el manejo cultural del territorio sur de Chile, pero ellos deben ser apoyados con nuevas y más seguras evidencias arqueológicas.

Por otro lado, los procesos de cambios en las condiciones paleoambientales observadas en el sur de Chile, desde fines del Pleistoceno hasta nuestros días, pudieron haber dinamizado y profundizado algunas transformaciones en la estructura social de estas poblaciones. Así por ejemplo, las cualidades carismáticas de ciertos individuos en situaciones difíciles, así como su habilidad para la reorganización del sistema de trabajo y la apropiación de porciones del trabajo de otros, pudieron haber actuado muchas veces durante este largo lapso temporal, generando las bases de la diferenciación interna. En este sentido, la diferenciación interna de estas sociedades podría verse reflejada arqueológicamente a través del registro de objetos particulares como los adornos o una forma de tratamiento distinta de las tumbas de los individuos. Así por ejemplo, los contextos funerarios registrados en la zona muestran ciertas diferencias en la disposición de los individuos y en el ajuar que los acompaña. Se ha registrado la presencia de collares en contextos funerarios de niños en el sitio Piedra Azul, cerca de Puerto Montt (Gaete *et al.* 2004); pectorales de hueso en tumbas del sitio Bellavista 1 y pectorales de piedra en tumbas de Chome 1, ambos en las cercanías de la bahía de Concepción (Bustos y Vergara 2001). Estos datos podrían relacionarse con la diferenciación interna de los individuos que componen los grupos de cazadores recolectores, así como con alguna especialización en ciertas funciones.

Sin embargo, el tratamiento de la muerte también nos remite algunas ideas acerca de los niveles de integración alcanzados por estas poblaciones. Partiendo de la base que estos grupos humanos necesitan de la relación y el contacto con otros para su reproducción social y biológica, así como para compartir información y probablemente, participar en las prácticas de un sistema de creencias en el que se integran representaciones particulares de cada grupo, concebimos la necesidad de la integración de los grupos de cazadores recolectores a diferentes niveles. Uno de esos niveles, probablemente relacionado con el sistema de creencias se expresaría en el tratamiento de la muerte. En la zona costera de la octava región, se ha documentado la existencia de un patrón común sustentado en la idéntica posición de los individuos (flectado lateral derecho), en el tipo de ajuar que los acompaña y una cubierta de ocre rojo sobre los cuerpos (Bustos y Vergara 2001). Un patrón similar se ha observado en el litoral de la décima región, en la costa de Valdivia (Navarro y Pino 1999), en Puerto Montt (Gaete *et al.* 2004) e incluso en la isla Grande de Chiloé (Rivas *et al.* 1999). Igualmente, una situación análoga se ha registrado en el lago Calafquén, donde hace más de 5.000 años, se realizó el entierro de un infante cuya posición, ajuar y un evento de quema sobre la tumba (probablemente relacionado a ritos funerarios), es similar al observado en las tumbas del litoral de la octava y décima regiones (García 2005). En consecuencia, sugerimos que estas prácticas compartidas podrían hablar a favor de un nivel de integración superestructural de estas sociedades de cazadores recolectores.

VII. EL FIN DE LOS MITOS DE LA CAZA Y RECOLECCIÓN Y DE LAS ETAPAS DE DESARROLLO

Como hemos podido bosquejar hasta aquí, las sociedades cazadoras recolectoras no constituyen un mundo simple y estático. Esas ideas son fruto de nuestra construcción etnocéntrica del “otro”, la cual ha puesto a los cazadores recolectores en el extremo de todo aquellos que no somos nosotros: sociedades simples, igualitarias, pre-lógicas, iletradas, primitivas, frías, sin historia y también, sin cambio. Sin embargo, consideramos posible la superación de estos supuestos, a través de la investigación de las condiciones, causas y efectos del aumento de la complejidad social, debido a que ellas subrayan la naturaleza procesal de las sociedades humanas. Cuando la arqueología del sur de Chile, comience a enfatizar los diferentes niveles de complejidad interna y niveles de integración y especialización que alcanzaron los grupos humanos que habitaron este territorio durante más de 12.000 años, podríamos estar en condiciones de abordar las razones del cambio que llevó a la producción de alimentos, la utilización de la alfarería y a la construcción de asentamientos más estables.

De acuerdo a esto, consideramos que con los datos arqueológicos como los aquí presentados, no podemos seguir apoyando constructos sin contenido como las etapas de desarrollo y el paso desde la simple apropiación a la producción de alimentos o a la adopción de alfarería. Teniendo presente la posibilidad de etapas intermedias, como el manejo conciente de los recursos del bosque, es posible comenzar a pensar y a buscar a través de programas de investigación, las condiciones y causas del cambio. En ese sentido, planteamos el rechazo a los “pasos” o “saltos” y apoyamos la concepción de una historia procesal de cambios que acontecieron no entre dos etapas, sino en un lapso temporal muy amplio. Igualmente, admitimos

la posibilidad de la coexistencia de formas de vida diferentes, tales como poblaciones puramente “apropiadoras” de sus medios de subsistencia, con otras productoras y algunas formas mixtas, como se ha documentado en el centro de Chile (Cornejo y Sanhueza 2003). En este sentido, la aparente importancia de la recolección de vegetales, la caza de animales pequeños y la pesca entre las poblaciones formativas, e incluso entre aquellas poblaciones etnográficamente conocidas del sur, podría dar cuenta de una situación diferente a la clásica dicotomía apropiadores / productores.

Por una parte, consideramos que los casos reportados por los arqueólogos y etnoarqueólogos acerca de grupos de todo el mundo, que muestran incoherencia con el modelo clásico sobre las sociedades cazadoras recolectoras (organización social simple e igualitaria, alta movilidad y escaso equipamiento), son suficientes como para comenzar a abandonarlo. Dicha medida, en la arqueología del sur de Chile, sería muy saludable, por cuanto permitiría a los investigadores crear programas que documenten procesos históricos de forma más imaginativa, ya que en la actualidad los restos materiales son clasificados y expuestos de acuerdo a su posición en un modelo clásico de historia cultural concebida como etapas de desarrollo o como una historia de adaptación creciente sin mayores cambios.

Por otra parte, el fin de los mitos en la arqueología de los cazadores recolectores, nos permitiría enfrentar desde una posición diferente la construcción de conceptos, como aquél de tradición, integrada ahora no por las ideas preconcebidas de los arqueólogos, ni por escasos objetos mal conocidos, sino por la recurrencia de procesos en un territorio político y económico en una región determinada, representados por artefactos y productos.

Retomando la idea de una “tradición de los bosques templados” y, una vez que hemos expuesto una nueva forma de observar a las sociedades cazadoras recolectoras y los procesos de cambio, podemos preguntarnos ¿qué compone esa tradición? Probablemente la respuesta se relacione, de acuerdo a nuestros planteamientos, a la permanencia de poblaciones que con distintos grados de complejidad social habitaron un territorio político y económico común (que abarca no solo la región del Calafquén sino todo el sur de Chile), el cual explotaron con tecnologías específicas en consonancia con los tipos de recursos presentes a nivel de localidad y en el que se expresaron diferentes niveles de integración y diferenciación intra y extra grupos. En este sentido, dicha tradición no expresaría una situación estática, sino que una forma de vida que a través de algunos cambios a corto y largo plazo, se habría apropiado de un territorio cubierto de bosques, lagos y volcanes. Sin embargo, pensamos que solo hemos abierto una ventana para iluminar un rincón de miles de años de prehistoria, faltando aún mucha investigación y nuevas propuestas teóricas para abandonar la oscuridad de la época mítica de la arqueología regional.

Agradecimientos: este trabajo fue desarrollado en el marco del proyecto FONDECYT 1060216.

VIII. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adán, L.

1997 Sistematización de la cerámica del Complejo Pitrén. Descripción de la metodología empleada. En: *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo 1, pp. 225-241. Museo Regional de Atacama, Copiapó.

Adán, L., C. García y R. Mera

2010 La tradición arqueológica de bosques templados y su estudio en la región lacustre cordillerana de las regiones IX y XIV. En: *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo 2, pp. 1461-1472. Ediciones Kultrún, Valdivia.

Adán, L. y R. Mera

1997 Acerca de la distribución espacial y temporal del Complejo Pitrén. Una reevaluación a partir del estudio sistemático de colecciones. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* (24):33-37.

Adán, L., R. Mera, M. Becerra y M. Godoy

2004 Ocupación arcaica en territorios boscosos y lacustres de la región precordillerana andina del centro-sur de Chile. El sitio Marifilo 1 de la localidad de Pucura. *Chungará* 36 (Supl): 1121-1136.

Arnold, J.

1993 Labor and the rise of complex hunter-gatherers. *Journal of Anthropological Archaeology* 12:75-119.

Aldenderfer, M.

1993 Ritual, hierarchy, and change in foraging societies. *Journal of Anthropological Archaeology* 12:1-40.

Aldunate, C.

1989 Estadio alfarero en el sur de Chile (500 a ca. 1800 d.C.). En: *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 329-348. Editorial Andrés Bello, Santiago.

Berdichevsky, B.

1968 Excavaciones en la cueva de Los Catalanes. *Boletín de Prehistoria de Chile* 1(1):33-83.

Berdichevsky, B. y M. Calvo

1972-1973 Excavaciones en cementerios indígenas de la región de Calafquén. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 529-558. Boletín de Prehistoria, Número Especial. Universidad de Chile, Santiago.

Binford, L.

1972 Post-Pleistocene adaptations. En: *An archaeological perspective*, pp.421-449. Seminar Press, New York.

Bullock, D.

1955 Urnas funerarias prehistóricas de la región de Angol. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 26(5).

1969 Estudio de un artefacto arqueológico de uso problemático. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Tomo XXX: 215-219.

Bustos, V. y N. Vergara

1998 El Visal 1 y Talcahuano 1, ejemplos de sedentarismo y especialización en el arcaico tardío del litoral de la VIII Región. *Serie Antropología* (1):65-74. Universidad San Sebastián, Concepción.

Bustos, V. y N. Vergara

2001 Evolución de las prácticas mortuorias en el litoral de la octava región. *Chungará* 33(1):73-78.

Cohen, M.

1977 *The food crisis in prehistory*. Yale University Press, New Haven.

Cooper, J.

1963 The araucanians. En: *Handbook of South Americans Indians. The Andean civilizations*, editado por J. Steward, Vol. 2, pp. 687-760. Cooper Square Publishers, New York.

Cornejo, L. y L. Sanhueza

2003 Coexistencia de cazadores recolectores con horticultores tempranos en la cordillera andina de Chile central. *Latin American Antiquity* 14(4):389-407.

Dillehay, T.

1981 Visión actual de estudios de Araucanía pre-hispánica. *Boletín del Museo de Historia Natural* 38:155-166.

1984 A late ice-age settlement in southern Chile. *Scientific American* 251:106-117.

1989a Los complejos cerámicos formativos del centro-sur de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 5(17):101-114.

1989b *Monte Verde: a late pleistocene settlement in Chile. Paleoenvironmental and site context*. Smithsonian Institution Press, Washington.

1990 *Araucanía: presente y pasado*. Editorial Andrés Bello, Santiago.

1997 *Monte Verde: a late pleistocene settlement in Chile. The archaeological context*. Smithsonian Institution Press, Washington.

2007 *Monuments, empires, and resistance: the araucanian polity and ritual narratives*. Cambridge University Press, Cambridge.

Flannery, K.

1972 The cultural evolution of civilizations. *Annual Reviews of Ecology and Systematics* 3:39-102.

Gaete, N., X. Navarro, F. Constantinescu, R. Mera, D. Selles, M. Solari, M. Vargas, D. Oliva y L. Durán
2004 Una mirada al modo de vida canoero del mar interior desde Piedra Azul. *Actas del XV Congreso de Arqueología Chilena*, Tomo 1, pp.333-346. Chungará, Número Especial, Arica.

García, C.

2005a. Los artefactos óseos de Marifilo 1. Una aproximación a la tecnología ósea entre los cazadores recolectores de la selva valdiviana. *Informe de Avance Proyecto FONDECYT 1040326 – Año 1*, compilado por M. Solari, L. Adán, X. Navarro, C. García y M. Godoy. Santiago. Manuscrito.

2005 Estrategias de movilidad de cazadores recolectores durante el período arcaico en la región del Calafquén, sur de Chile. *Memoria para optar al título de arqueólogo*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.

Guevara, T.

1903 Historia de la civilización de Araucanía. *Anales de la Universidad de Chile* 101-113.

1928 Sobre el origen de los araucanos. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 59:128-168.

Gordon, A.

1978 Urna y canoa funerarias. Una sepultura doble excavada en Padre Las Casas, Provincia de Cautín, IX Región, Chile. *Revista Chilena de Antropología* (1):61-80.

Hayden, B.

1981 Research and development in the Stone Age: technological transitions among hunter-gatherers. *Current Anthropology* 22(5):519-548.

Hajduk, A.

1986 Arqueología del Montículo Angostura. Primer fechado radiocarbónico Provincia del Neuquén. *Museo Histórico Provincial* 1: 1-43.

Jackson, D. y C. García

2005 Los instrumentos líticos de las ocupaciones tempranas de Marifilo 1. Boletín de la *Sociedad Chilena de Arqueología*. En prensa.

Lara, L., C. Rodríguez, H. Moreno y C. Pérez de Arces.

2001 Geocronología K-Ar y geoquímica del volcanismo plioceno superior-pleistoceno de los Andes del sur (39-42°S). *Revista Geológica de Chile* 28(1):67-90.

Latcham, R.

1924 *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*. Imprenta Cervantes, Santiago.

1928a *La prehistoria de Chile*. Sociedad Impresora y Litográfica Universo, Santiago.

1928b *Alfarería indígena chilena*. Sociedad Impresora y Litográfica Universo, Santiago.

Lee, R. e I. DeVore

1968 *Man the hunter*. Aldine, Chicago.

McGuire, R.

1983 Breaking down complexity: inequality and heterogeneity. *Advances in Archaeological Method and Theory* 6:91-142.

Menghin, O.

1962 Estudios de prehistoria araucana. *Acta Praehistórica* III-IV, Buenos Aires, Argentina.

Mera, R. y C. García

2004 Alero Marifilo-1. Ocupación holoceno temprana en la costa del lago Calafquén (X Región, Chile). En *Contra viento y marea. Arqueología de la Patagonia*, editado por M. Civalero, P. Fernández y A. Guráieb, pp.249-262. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Lationamericano, Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Mostny, G.

1971 *Prehistoria de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.

Navarro, X.

1979 *Arqueología de un yacimiento precordillerano en el sur de Chile (Pucón, IX Región)*. Tesina para optar al Bachillerato en Ciencias Sociales. Departamento de Estudios Históricos y Arqueológicos, Universidad Austral de Chile, Valdivia.

Navarro, X. y M. Pino

1984 Interpretación de una ocupación humana precerámica en el área mapuche a través de estudios líticos. *Boletín del Museo Regional de La Araucanía* 1:71-81.

1999 Estrategias adaptativas en ambientes costeros del bosque templado lluvioso de la zona mapuche. Una reflexión desde el precerámico. En: Comité Editorial de las Terceras Jornadas de Arqueología de la Patagonia. *Soplando en el viento. Actas de las III jornadas de arqueología de la Patagonia*, pp.65-82. Universidad Nacional de Comahue, Neuquén.

Pintos, S. e I. Capdepon

2001 Arqueología en la cuenca de la laguna de Castillos. Apuntes sobre complejidad cultural en sociedades cazadoras recolectoras del este del Uruguay. *ArqueoWeb* 3(2). <http://www.ucm.es/info/arqueoweb>

Politis, G.

1996 *Nukak*. Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas – SINCHI, Bogotá.

Price, D. y J. Brown

1985 Aspects of hunter-gatherer complexity. *Prehistoric hunter-gatherers. The emergence of cultural complexity*. Editado por Price, D. y J. Brown, pp.3-20. Academic Press, New York.

Quiroz, D.

2001 Cazadores recolectores marítimos en el litoral araucano durante el Holoceno. *Tesis presentada para obtener el grado de Magíster en Arqueología*. Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.

Reyes, V., L. Sanhueza y L. Adán

2003-2004 Alfarería doméstica y funeraria de la Región del Calafquén. *Revista Chilena de Antropología* (17):151-179.

Reymond, J.

1971 Cementerio araucano de Membrillo. *Boletín de Prehistoria de Chile* 3(4):87-107.

Rivas, P., C. Ocampo y E. Aspillaga

1999 Poblamiento temprano de los canales patagónicos. El núcleo ecotonal septentrional. *Anales del Instituto de la Patagonia* 27:221-230.

Sánchez, M. y J. Hinostroza

1985. Excavaciones arqueológicas en el Alero Quino 1. *Boletín del Museo Regional de la Araucanía* (2):53-62.

Sánchez, M., D. Quiroz y M. Massone

2004 Domesticación de plantas y animales en la Araucanía: datos, metodologías y problemas. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo 1, pp.365-372. Chungará, Volumen especial, Arica.

Schurr, M. y M. Schoeninger

1995 Associations between agricultural intensification and social complexity: an example from the prehistoric Ohio valley. *Journal of Anthropological Archaeology* 1995:315-339.

Seguel, Z.

1970 Investigaciones Arqueológicas en la Isla Quiriquina (comunicación preliminar). *Rehue* 3: 39-47. Centro de Antropología, Universidad de Concepción, Concepción.

2003 *Compendio de notas sobre las investigaciones arqueológicas, en las bahías de Concepción y Arauco. VIII región. Chile*. Manuscrito.

Service, E.

1978 *Profiles in ethnology*. Harper and Row, New York.

1965 *Primitive social organization. An evolutionary perspective*. Random House, New York.

Solari, M.

2007 Historia ambiental holocénica de la región sur austral de Chile (X-XII región). *Revista Austral de Ciencias Sociales* 13:79-92.

Sztompka, P.

1995 *Sociología del cambio social*. Alianza editorial, Madrid.

Torrence, R.

1983 Time budgeting and hunter-gatherer technology. *Hunter gatherer economy in prehistory*. Editado por G. Bailey, pp.11-22. Cambridge University Press, Cambridge.

Valdés, C., M. Sánchez, J. Hinostroza, P. Sanzana y X. Navarro

1982 Excavaciones arqueológicas en el Alero Quillén 1, Provincia Cautín, Chile. *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp.399-435. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Sociedad Chilena de Arqueología. La Serena.

Van de Maele, M.

1968 *Excavaciones de cementerios, fogones y tacitas de la región de Valdivia. Investigaciones históricas. Investigaciones arqueológicas.* Universidad Austral de Chile, Valdivia.

Velásquez, H. y L. Adán

2002 Evidencias arqueofaunísticas del sitio alero Marifilo 1. Adaptación a los bosques templados de los sistemas lacustres cordilleranos del centro sur de Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* (33-34):27-35.

Villagrán, C. y R. Villa

1992 Historia de la vegetación de Chile central: su relación con el clima cuaternario de la costa Pacífica de Sudamérica. En: *Paleo ENSO records. Internacional Symposium, extended abstracts*, editado por L. Ortlieb y J. Macharé, pp. 323-327. ORSTOM y CONCYTEC, Lima.

Wiley, G. y P. Phillips

1958 *Method and theory in American archaeology.* University of Chicago Press, Chicago.